



## Al pie de la escala.

Bajo la toldilla me reciben afectuosos los que van á ser mis compañeros en este viaje, que comienzo en Bilbao, para terminarlo donde y cuando me plazca.

Necesita de soledad mi espíritu, y necesita, al propio tiempo, de horizontes muy anchos. El *Felisa* viene á brindármelos, por invitación cortés de su armador y de su capitán. Donde vaya el buque, iré yo. Ni tengo prisas ni predilecciones por un sitio ó por otro. Quiero vivir unos meses en paz, lejos de conocidos, de mujeres, de familia, de todo. Hay ocasiones en las cuales es el aislamiento medicina.

Allá abajo, difuminada por el humo que despiden las chimeneas de la Vizcaya, de la Mu-



de la y de Altos Hornos, aparece Bilbao. La brisa trae á mis oídos el rumor de sus alegrías feriales: sones músicos, estampidos de pólvora, chisporroteos de cohete... Las luces eléctricas ponen sobre las aguas del Nervión rúbricas de sangre. La villa se muestra á lo lejos, entre la neblina crepuscular y los fabriles humos, como descimentada. Dijérase que flota, que se tambalea, dando tropezones en el aire. Momentos hay en que el tropezón se acentúa: Bilbao entero amenaza caer contra la ría, al empuje de puños invisibles.

Visión fantástica es, que forjan humos y neblinas. La ciudad no se tambalea; firme se yergue en sus cimientos pétreos, recortando sobre la atmósfera las líneas de sus iglesias y de sus palacios, de sus conventos y de sus almacenes, de sus Bolsas y Bancos, donde se cotiza y guarda el oro que amasan, para los ricos de Bilbao, los obreros de la fundición y de la mina, de la fábrica y del taller, de la campiña y de la mar.

Con el trabajo de todos ellos, se hizo la villa grande y próspera. Por su trabajo y por su

esfuerzo, sigue engrandeciéndose y prosperando, sin que los obreros posean dentro de Bilbao una pulgada de terreno; sin que la prosperidad, á ellos debida, refleje en sus hogares.

Así continuará siendo muchos años aún. Los ricos de Bilbao amontonarán caudales en sus Bancos, lingotes de hierro en sus depósitos, mercancías en sus almacenes, lujo y bienestar en sus casinos y palacios; los obreros conquistarán para los ricos como didades y riquezas á golpe de pico y de espetón...

Pero aunque así sea, aunque así continúe siendo años y años, no se confíen los poderosos de Bilbao. Echen sus cuentas bien. Piensen que son cuarenta ó cincuenta mil los obreros que, desde la cuenca minera, llevan á diario sus ojos hacia la villa de los ricos; piensen en que esos ojos miran á veces con rencor, y piensen que aquellos cuarenta ó cincuenta mil hombres, no sólo tienen ojos, tienen brazos, que puede crisar la injusticia, herramientas, que el odio puede convertir en armas de combate.



Terrible, pero no improbable, será que, un día, aquellos cuarenta ó cincuenta mil hombres sientan en sus corazones las ansias de un violento desquite, y caigan en legión sobre la opulenta Bilbao, asaltándola, desquiciándola, haciendo real la visión fantástica que la villa ofrece ahora á mis ojos, por obra de la niebla y del humo.

Tengan cuidado con el porvenir quienes explotan hoy Bilbao, convirtiéndola en inquisición de proletarios, en feudo insolente de jesuitas y de plutócratas.

..

Aparte cuatro ó cinco jóvenes [pasajeros, á quienes diré adiós en Gijón, me reciben en la toldilla, donde el capitán me conduce, el segundo Alfonso Menéndez, los maquinistas Maximino y Saturnino Suárez, el mayordomo Andrés Corsino y el cocinero José Pérez.

Serán mis compañeros durante la excursión; con ellos divertiré las horas que me dejen libres trabajos y meditaciones. Ellos me

reciben en este mundo chiquitín, que va y viene á merced de las olas. Gracias les doy por su cortés acogimiento. Al fin y á la postre, vengo á ser aquí como un náufrago. ¡Bien hayan las manos que hacia mis dos manos se tienden!

El saludo es corto. El buque ha de zarpar y no hay tiempo para cumplidos. Ya nos trataremos después; ya iremos conociéndonos y estimándonos en el curso del viaje. Ahora, cada cual á lo suyo; el capitán, al puente; los maquinistas, á los hornos; la marinería, á las cadenas y á los cables.

—¡Avante!— dice el capitán.

¡Avantel... pienso yo, mientras el buque se desliza sobre la ría y Bilbao se hace á mis ojos más pequeño, cada vez más pequeño.

Frente á mí, bajo un cielo teñido en violeta por el reflejo último del sol, brilla el lucero vespertino; el mar se tiende manso, sin un rizo de espuma. Mirando al mar, me recuesto contra la baranda del buque. Este avanza poco á poco, muy poco á poco, cabeceando entre las olas.



Ya el cielo no es violeta; prusia es. Las estrellas resplandecen en él.

El Océano las retrata, recogiendo los besos temblones de su luz.



### La batelera de pasajes.

Reina entre los hombres del *Felisa* una hermosa fraternidad, que no excluye, en cada uno, el cumplimiento de su obligación y el respeto á la disciplina.

Durante la faena todos saben ocupar su puesto. El que ha de mandar, manda; el que ha de obedecer, obedece; sólo que, por obra del afecto, el mandato es más suave y más rápida la obediencia.

Cuando terminan los trabajos; cuando la hora del descanso adviene, acaban preeminencias y diferenciaciones; todos son unos, todos son hermanos que risueñamente platican ó con noble sinceridad discuten. Ninguno oculta sus ideas, por miedo á las contrarias del que



le es, en cargo, superior. ¿Para qué, siendo, como son, hombres libres? ¿Miedo á qué y á quién, si cada cual sabe cumplir con sus deberes y si cada uno es para el otro compañero y amigo?

Nada escapa de estas polémicas, entabladas en torno á la mesa, á los postres de la comida ó en la reunión familiar que hacia popa formamos, mientras el *Felisa* cabecea sobre las aguas verdes, salpicadas de espuma blanca.

Política, economía, sociología, religión..., todo va y viene de unos labios á otros, de unos en otros pensamientos; y no en tono dogmático, no con énfasis doctoral y ridículo; sencillamente, claramente, entre burlas y veras, como se hace en familia, cuando padres, hijos y hermanos hablan del presente y abocetan para su hogar un mejor porvenir.

El cocinero, radicalmente antiburgués, dibuja con frase ruda y firme un futuro social donde el hombre será gobernado por él mismo y sólo por él mismo; donde no habrá otra religión que la del amor, ni otro reinado que

el de la justicia. El mayordomo es socialista. Algo se embarulla en la exposición de su credo; pero es listo y, cuando se ve en un atranco, echa mano del chiste, como de una pértiga, para saltar la charca. Los dos maquinistas, gente de buen humor, sazonan con bromas, inofensivas siempre, el choque de los encontrados sistemas; el segundo de á bordo, mozo simpático, corto en palabras y afable de sonrisa, escucha silencioso, asintiendo ó denegando con la cabeza, guiñando ó desguiñando pausadamente sus ojillos azules; el capitán, recostado contra un viejo sillón de cuero, escucha á los discutidores con benevolencia paternal, dejando en libertad los juicios ajenos y exponiendo libremente los propios.

A veces, la discusión se enzarza y las voces suben de tono... Dura ello minutos; si entonces, cuando los cerebros van más acalorados y las voces más recias, llega el minuto de empezar el trabajo, todos acuden á él, ninguno olvida los deberes y los derechos que su cargo le concede é impone.

Difícil sería encontrar mayor libertad y ma-



por disciplina. Tomen nota del hecho quienes suponen que la libertad y la disciplina son incompatibles. ¡Incompatibles!... Consecuencia deben ser una de otra. Ellas serán ley de los hombres cuando la palabra trabajo no signifique servidumbre; cuando la dirección de una faena ó de una empresa, sea circunstancial y no vincule, en quien la ejerce, el despotismo.

\*  
\*\*

Durante una de tales discusiones, en la que abrió paréntesis un vaso de agridulce sidra asturiana, me dijo Maximino, el primer maquinista, amigo viejo, con quien "la corri" bien de jóven:

—¿Qué, don Joaquin, no conoce á la batelera de Pasajes?

Porque estábamos anclados en Pasajes, en ese encantador pueblecillo que, á pleamar, no parece construido sobre la tierra, sino surgido de las aguas, por un capricho arquitectónico de los geniecillos oceánicos.

Tan así lo parece, que al retirarse la marea, teme uno que arrastren las aguas el irregular caserío y que toda la poética y artística visión de la aldehuela donostiarra desaparezca, para no volver más, en los irascibles fondos del Cantábrico.

—¿Qué batelera? — respondí. — Bateleras hay muchas en el puerto.

—Ninguna á ésta parécele. Creámelo á mí, que lo entiendo. Antójase, mirándola, que no es mujer de carne, sino figurina de pintor. ¿Quiere conocerla?

—Eso no se me pregunta á mí, Maximino.

—Pues ¡halal!

Y, embarcando juntos en la "buseta" del *Felisa*, echamos hacia el rincón del puerto donde tiene su lancha la batelera de Pasajes.

En pie sobre la lancha estaba, con las manos puestas en los remos y el mirar de los ojos encaminado á la lejanía.

Es la lancha, blanca, de perlina blancura; á poco más seria concha, tanta es su esbeltez



y tales reflejos nacarinos despiden sus barnices.

Y como en su concha debió erguirse, al salir de los mares, la Venus de la inmortal Helena, erguíase encima de su lancha la gentil remadora vasca.

Non vi tan hermosa  
como la vaquera  
de la Finojosa,

dice en sus versos el poeta marqués.

¡Ah, buen Santillana, de vivir hoy y de conocer á la batelera de Pasajes, acaso, y sin acaso, rectificaras y aun recusaras por mentirosas aquellas tus afirmaciones!

Esbelta es la batelera de Pasajes, no con la esbeltez débil de los tallos que rematan las flores de jardín, con la firme esbeltez de los troncos que en los marítimos pinares se crían. Sus hombros son anchos; abultados, sin gordura, los pechos, que contra la chambrá se reprietan temblantes; angosta la cintura; suave en líneas el caderaje; un si es no es alargadas, como de pintura greciana, las piernas, á

cuya blancura no osaron atentar los rayos del sol ni los vientos del Océano; blancos son sus brazos, prontos á manejar el remo; terso y redondo el cuello, sobre cuya nuca se erizan ricillos de castaño color.

Recogida sube desde la nuca, en naturales ondas, la cabellera de finísimas hebras, para encuadrar una cara oval, de praxitélico dibujo.

Sólo que en esta cara, se unen al trazo pagano de la línea palideces enfermizas de misticismo, melancolías de virgen medioeval.

La tez es limpia; los grandes y almendrados ojos, de azul entonación, puestos hacia el límite del horizonte, parecen ensoñar; se espera y teme á un tiempo ver caer una lágrima de las pestañas retorcidas; la recta nariz dilata sus ventanillos color rosa, aspirando el vaho salobre del Océano; por la entreabierta boca, de impecables dientes, vaga una sonrisa, que habla de penas ó de amores; de los últimos sólo, tal vez, que penas son amor.

Razón tenía Maximino; no hay batelera á



ésta igual, en Pasajes. Princesa de leyenda parece aguardando el regreso de su queredor, sufriendo prisiones y encantamientos de mago rencoroso, que á oficios viles de remadora sujetóla, para castigar sus desdenes.

¡Lástima que sus manos, deformadas por la faena ruda, no sean principescas; anchas y ásperas son; pesan mucho los remos; hay que manejarlos de sol á sol, y aún más, para ganarse un puñado de perras, para ayudar á la mantención de la familia.

¡Ah, señoras y señoritas que, lujosamente trajeadas, llenas de afeites y de joyas, presumis de belleza en el Casino donostiarra! Superior á todas vosotras es, en poesía de expresión, en pureza de líneas, la batelera de Pasajes.

Por reina de hermosura la proclamaran los provenzales trovadores; para virgen de altar la dibujara un pintor místico; para modelo de sus diosas la tomara, de vivir, Fídias.

... Ahora rema de sol á sol, para ganar su pan, la batelera de Pasajes.

Mañana... ¡Quién sabe si mañana, por culpa de esta infame organización social, que crispa los nervios del cocinero del *Felisa*, venderá su cuerpo de virgen la batelera de Pasajes, para comer mejor y trabajar menos!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1926 MONTERREY, MEXICO





## Comuniones espirituales

El *Felisa* da vista á Santander. Según avanzamos, van recreándose mis ojos en las bravuras de la costa; en el cuadro alegre que pintan sobre la montaña los hoteles y casitas del Sardinero; en los esplendores arquitectónicos del "boulevard"; en el dibujo sobrio y áspero de la ciudad vieja, que sube monte arriba, con sus tejados, ennegrecidos por las lluvias, con sus iglesiotas de piedra gris y de agujas plumizas. El sol cae sobre lo nuevo y sobre lo viejo, para embellecer con sus rayos las arrogancias moceriles del uno, para calentar las seniles rigideces del otro.

El buque pasa junto al palacio que regala á Alfonso XIII la ciudad.



Hermoso, á la simple vista, es el edificio. Santander lo ofrenda á un monarca. Hay que traer gente á la playa santanderina durante los veranos. La gente va, no donde hay belleza y hay salud, donde hay lujo y hay ruido, donde ponen los personajes el veraneo en moda.

Brindar á un monarca gratuita y fastuosa hospedería, es un buen negocio; donde él vaya, irán, sus cortesanos, por obligación, los vanidosos, porque se les crea cortesanos. Bien hace Santander. Mayor interés positivo y más inmediatas ventajas le reportará disponer el palacio para residencia veraniega de reyes, que dedicarlo á escuela de niños, á vivero de hombres porvenir ó á refugio de ancianos, á museo de humanidades destruidas por la explotación y desvalijadas por la injusticia.

Siente hoy mi espíritu ansias de esparcimiento, de comunicación con personas, conformes conmigo—siquiera me sean superiores—en pensamientos y aptitudes. También comulgo yo; sólo que, á cuenta de hacerlo frente al cura, abriendo] de par en par la boca para

tragar una hostia, lo hago frente á maestros del saber y del arte, abriendo de par en par el alma para recibir lecciones y recoger estímulos.

Es la primer iglesia espiritual donde se enderezan mis pasos, la habitación que ocupan en el hotel de Europa, esos dos artistas que tan gloriosamente llevan el Teatro español por el mundo: María Guerrero y Fernando Mendoza.

¡Lástima que abandonaran el Teatro Español, de Madrid! Con ellos, era el Español catedral; después de ellos, ha sido y es ermita ruinosa, adornada con santejos de baratillo.

En tal forma se halla actualmente organizado ese teatro, que es puerta cerrada para el arte dramático. De palenque, abierto á noble lucha entre las varias tendencias y entre los autores de fama que representan el arte nacional, hase convertido en incubadora de presuntos, en puesto de cata, en ropavejería comedil.

Inútiles resultarán cuantos esfuerzos hagan la Empresa Madrazo y las á ella parejas, para



dar al Teatro municipal su carácter genuino. Mientras subsista, en plenitud, el pliego de concesión aprobado por el Ayuntamiento, el teatro del pueblo madrileño no será lo que debe ser: libre y amplia tribuna donde pueda escuchar el público todas las voces de la dramaturgia española.

Maltrechos corporalmente andan aún María y Fernando. Ella, con la inteligente y morena cara vuelta un purísimo cardenal, procura estarse quieta para que se ajuste la clavícula dislocada. Decir que lo procura, no es decir que lo esté. Fernando me ciñe con un brazo, y, luego de comentar el accidente de que por milagro salvaron, su María y él, con el matrimonio? Thuillier, la pelleja, charlamos, de lo que debíamos charlar: de teatros.

¡Ay, el teatro librel... ¡El teatro sin imposiciones del abono y sin ligaduras de la Empresa! ¿Dónde hallarlo?... ¿Cómo organizarlo?... Acaso, acaso, el Teatro Español podría servir al intento; pero tiene ruin capacidad. La primera condición de un teatro popular había de ser la baratura—el público español es pobre.—

¡Un teatro grande y barato, una gran compañía, obras de autores afamados y maravillas en la presentación escénica! ¿Dónde hallar todo eso, para que ante centenares de espectadores cada autor se presentara tal y como él fuere en procedimientos é ideales, sin doblegarse á imposiciones y á prejuicios, sin poner sordina á su pluma, riñendo la batalla fiera y gallardamente?

—¿Puede intentarse tal empresa en Madrid?

Dejando la pregunta sin responder, nos despedimos; yo, para ir á casa de Estrañi; Fernando y María, para entregar sus cuerpos magullados á las sabias y diestras manos de mi amigo el doctor Quintana.

¡Estrañi, el viejo Estrañi, el bravo republicano montañés!... ¡Bien solo comenzó la pelea con clericales y reaccionarios cuando gobernaban en feudo Santander!... ¡A garrazo de "pacotilla" enderezó contra ellos, seguido por corto grupo de valientes!

Ruda y larga fué la pelea. En *La Vos Montañesa* primero, en *El Cantábrico* después, dejó Estrañi gotas de su sangre, tiras de su piel,



cachos doloridos de su alma. Todo lo arrojó: persecuciones, encarcelamientos, procesos... Lo hizo sin vacilar, lo cual es raro, y sin envanecerse, lo cual es más raro todavía.

Cuando, conseguida una parcial victoria, iba Estrañi a Madrid, divertíase como un chicle. Aún saboreo, imaginativamente, aquellas "alubias" que devorábamos Cavia, Nakens, Estrañi y yo en cualquier tabernáculo, sazónándolas con "quinces" de lo tinto, alegrándolas con el voceo de nuestras esperanzas y con la proclamación de nuestros credos.

Hoy recordábamos aquellos agapes, en el despachito de Estrañi; recordándolos, reían mocerilmente los labios del viejo periodista y guiñaban, pícaros, sus ojuelos, llenos de energía y bondad.

—Hay que seguir—me dijo.—Quizás tarde. Estos directores de la política antimonárquica hablan mucho y organizan poco. En fin..., ya se verá. ¿Dónde vas ahora tú?

—A casa de Galdós—respondí.

El gran vovelistista, el dramaturgo que escribiera *Realidad*, el repúblico que en su vejez

sacrificó todo egoísmo para ponerse al servicio de la democracia española, me recibió en su estudio con los brazos abiertos. ¡Ojalá hubieran podido abrirse, de par en par también, aquellos perspicaces ojillos, que entran como pinzas en la sociedad española para extraer de ella humanos latidos, personas y símbolos, tan inmortales como ha de serlo el artista que los modelara sobre un pedazo de papel

¡Ah, maestro venerable! ¡Qué media hora tan grata hemos disfrutado en el estudio campesino, cara á cara los dos, junto á un retrato de Zola!

“Cierto, muy cierto. Hay que hacer algo más que el arte por el arte; hay que hacer el arte por la Humanidad. El teatro es gran arma para propaganda de ideas. A él se debe acudir. Sí; habrá obstáculos, muchos; usted, Dicenta, los conoce y los sufre; los ha sufrido tanto como yo. ¡Adelante! ¡No importa!”

Y el viejo Galdós se erguía en todo el largo de su estatura, extendiendo la diestra, mirando hacia un horizonte sin límites con



sus ojos, que apenas ven!... ¡Qué ejemplo y qué enseñanza para la juventud!...

¡Ea, al barco, al *Felisa*! He recogido en mi alma impresiones de energía y salud; no es cosa de perderlas, yendo á visitar otras gentes.

Vamos al *Felisa*. Sería muy triste, tras comulgar con dos grandes actores, con un gran periodista y con un genio literario, tener que habérselas con actorcillos hueros, con periodistas mercenarios y con literatos sin médula.



## La Pedrosa

Alzase la isla frente al muelle de Maliaño, descubriendo entre verdores un edificio alabastrino. Es el Sanatorio. Dos casetones se divisan al pie de las rocas, dominando un embarcadero de tablas. A su izquierda rompen suavemente las olas.

En esta isla, construída por la Naturaleza para alcoba de amantes, ha levantado la filantropía un Dispensario de niños pobres. A él van los anémicos, los raquíticos, los escrofulosos... las piltrafillas humanas que herencia, miseria y abandono arrojan despiadadamente contra el asfalto de las grandes ciudades. A él van á rehacerse, á reconstituirse,



á pedir un poco de salud, unas migajas de alegría á la montaña y al Océano.

La creación del Sanatorio se debe á iniciativas de La Cierva. Por ello merece plácemes el hombre. A pesar del odio franco que me inspira como político, no se los regateo. Al contrario, consigno públicamente su buena obra, para que se le tome en descargo de las muchas malas que ejecutó.

El alcalde de Santander puso á mis órdenes, con delicada cortesía, la "vapura" de Sanidad. En ella, acompañado por dos concejales y por tres ó cuatro pasajeros del *Felisa*, hice rumbo á Pedrosa.

No se anunció nuestra visita, á los objetos de quitarle empalagoso carácter oficial. Llegamos, pues, al embarcadero, sin que nos recibieran más personas que los empleados del mismo y un muchachuelo de la colonia aragonesa que, mientras volvía de Santander su padre, encargado de aquélla, correteaba junto al mar.

A todo escape llevó la noticia el aragonésillo, y poco después tuve la satisfacción de sa-

ludar á don Alvaro González Rivas, subdirector de la colonia y maestro del madrileño Hospicio, quien, juntamente con el administrador del Sanatorio, se puso á disposición nuestra y nos llevó, isla adentro, por entre árboles de frondoso ramaje, donde los pájaros cantaban, haciendo competencia á las olas que, con sonos dulces, contra el rocaje se partían.

La instalación es admirable: higiene, comodidades, amplitud... todo lo reúne el edificio central, donde comen y duermen doscientas criaturas; no digo habitan, porque los chiquillos viven al aire libre, y al aire libre dan también sus lecciones. Bajo toldos frescos de verdura, se descubren las aulas: unas cuantas sillas, un encerado, mucho aire, mucha luz y mucha alegría en la atmósfera. En aquellos naturales y alegres camarines aprenden su lección los chiquillos, jugando, riendo, sin darse cuenta de que aprenden. Así debiera ocurrir siempre; en estos y parecidos modelos habían de inspirarse los que regentan nuestras escuelas de Madrid y las instalan entre cuatro



paredes, donde falta el oxígeno y la limpieza anda más escasa que la ventilación.

¡La escuela al aire libre! ¡La educación infantil convertida en juego, en esparcimiento, en competencia fraternal de diálogos y risas, entre educador y educandos! Este es el futuro pedagógico para la enseñanza primaria. Santo y noble futuro, que en gran parte del mundo civilizado es ya realidad, y en España, salvando raras excepciones, casi casi es quimera.

He visto practicar ese método educativo en el Sanatorio de Pedrosa, y envió desde aquí un entusiasta aplauso á los profesores que lo practican, bajo la dirección de González Rivas.

Citar apellidos en los periódicos y libros supone, casi siempre, satisfacer vanidades sin fundamento; ahora no citarlos, fuera grave injusticia. Por no cometerla, escribo los nombres de Nieves García, de María Luisa Navarro, de Emilia García, de Rafael Suárez, de Jacobo Arellano, de José Herranz y Miguel Santalló. Ellos son los maestros que, presididos por don Mariano Morales y dirigidos por

González Rivas, realizan la hermosa faena de instruir alegremente, fraternalmente á doscientos niños pobres, á doscientas criaturas enfermas.

No olvido tampoco—ni aun queriendo lo olvidaría—el nombre de la cariñosa y dulce enfermera, señorita Milagro's Llorca. Madre es y hermana á un tiempo de los enfermitos que á su cuidado se encomiendan. Tan dulce y bondadosamente se comporta con ellos, que, cuando los enfermos sanan, cuando les llega la hora de volver á jugar con sus compañeros, de corretear bajo los árboles, de sumergir sus cuerpecillos entre las aguas del Cantábrico, se resisten á abandonar, no la enfermería, á la enfermera. Lo hacen; pero lo hacen con los ojos llenos de lágrimas.

¡Los niños pobres!... ¡Los muchachos enfermos!... Allí estaban, en ancha plazoleta rodeada de pinos, aguardando la hora del baño. Eran sobre doscientos. Sus risas y sus voces vibraban en la atmósfera como un himno que el sol iba envolviendo y levantando hacia lo azul, entre el polvillo áureo de su lumbre.



¡Digno pentágono, el dibujado por los rayos del astro, para escribir las notas de aquel himno angélico!

Busqué entre los colonos á los colonos de Madrid. Pronto me rodearon. No eran ya los chiquillos pálidos, infirmos que despedí en la estación del Norte. Sus rostros, curtidos por los aires y el sol, anunciaban principios de salud; sus piernecillas se afirmaban bizarramente contra el suelo: la risa jugueteaba por sus labios, y la alegría destellaba en sus ojos. Para la mayor parte de ellos, comenzaba la rehabilitación corporal. Tal vez muchos deban al Sanatorio de Pedrosa la continuación de su vida, la permanencia en ella como hombres fuertes, no como guiñapos humanos, como siervos del Hospital y del Asilo.

¡Encantadora isla de Pedrosa, con tu imagen en la memoria arranco de tu muelle, despedido por doscientos niños, que me saludan, agitando al aire sus pañuelos!

Isla eres de amor, del más santo de los amores: el amor á la infancia desvalida y enferma, para diversión de la cual rompen las olas en

tu playa y gorjean las aves en tus árboles.

Pájaros de la isla son también los chicuelos; pájaros que, al salir del nido, se rompieron las alas y hallaron en la isla un refugio donde picotear sin peligro, mientras sus alitas maltratadas recobran la firmeza.

¡Ojalá, cuando salgan de ti, puedan hacerlo, para volar fuerte y seguro por la vida!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 2625 MONTERREY, MEXICO

33328